

Elección de invitados

Esta escena es narrada solamente por san Lucas.

•Sigue Jesús enseñando con la imagen del banquete. Ahora no habla del invitado, sino del que invita, y muestra que la humildad ha de completarse con la práctica de la caridad. También al dar hay que desechar todo deseo de vanagloria o de recompensa humana, y mirar primero a Dios.ö (BdN, p. 7508).

Conviene que leas en tu Biblia el texto que revisaremos hoy (Lc 14, 12-14), y ya luego lo siguiente:

REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 14, 12-14;

14, 12 DIJO TAMBIÉN AL QUE LE HABÍA INVITADO:

Jesús sigue dando enseñanzas a quienes le rodean en esta comida. Ahora se dirige específicamente al anfitrión que lo invitó.

REFLEXIONA:

Las palabras que Jesús dirigirá a Su anfitrión, no sólo aplican a éste, sino, desde luego, a nosotros.

•CUANDO DES UNA COMIDA O UNA CENA,

No es que esta enseñanza no aplique para el desayuno, je je, sino que Jesús mencionó lo que era más común, invitar a alguien a comer o a cenar, pues eran los dos momentos de consumir comidas más fuertes.

REFLEXIONA:

En aquellos pueblos de Oriente, el invitar a alguien a compartir los alimentos, es más que sólo un gesto social, de amistad. Para ellos es signo de comunión de vida. Se comparte lo mismo, eso hermana a unos a otros (pues todos consumen lo mismo, tienen lo mismo en su interior).

Por ello, la exhortación de Jesús no se refiere solamente a dar una comida como evento social, sino a dar una comida para expresar que se desea entrar en comunión con los otros.

NO LLAMES A TUS AMIGOS, NI A TUS HERMANOS, NI A TUS PARIENTES, NI A TUS VECINOS RICOS;

a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos

Jesús no esperaba que Sus oyentes tomaran al pie de la letra Sus palabras y nunca más volvieran a invitar a sus familiares, amigos o miembros de su comunidad. Cabría matizar. No estaba proponiendo no invitarlos, sino no limitarse a invitarlos solamente a ellos.

REFLEXIONA:

A primera vista parecería que Jesús estaba en contra de las relaciones amistosas y familiares. Alguien podría pensar que ser buen cristiano exige romper con la gente cercana (y aprovecharía para nunca más invitar a su suegra), pero no es así. Hacen notar algunos comentaristas bíblicos que en la traducción original, el sentido no es *no llames* sino *no sólo* *no únicamente* *no exclusivamente*..ö (Geld p. 391).

REFLEXIONA:

Jesús menciona 4 grupos de personas que solemos invitar.

1. Los amigos. Encabezan la lista porque son aquellos a quienes elegimos, por gusto, son los que nos caen bien, con los que nos gusta estar.

2 y 3, Los hermanos y los parientes. Con ellos nos une un lazo de parentesco, no es posible no invitarlos, hay una obligada solidaridad, una inevitable cercanía. Debemos invitarlos.

4. Los vecinos ricos. Son ejemplo de ñinvitados por interésø su presencia da ñstatutsø a quien los invita , para mostrar que se tienen buenas ñpalancasø que uno se codea con gente adinerada, que tiene ñinfluenciasø(¿a poco eres amigo de fulano?, ¡vaya, qué bien relacionado estás!). Y además asegura una invitación, en reciprocidad, a las seguramente suntuosas fiestas que ellos dan.

Jesús plantea una situación muy común: dar un banquete y elegir a los ñmejoresø invitados, a los que nos gustan, nos caen bien, nos hacen sentir cómodos y también a los que nos ñconvieneø por razones económicas, laborales, sociales, políticas, etc.

Pero Jesús nos pide que no nos limitemos a codearnos con un grupito de ñexclusivosø

Su exhortación no pretende ser una especie de ñmanual de invitados para cuando demos fiestasø sino que nos quiere hacer ver lo que espera de nosotros como seguidores Suyos.

Recordemos que en Oriente compartir la mesa implica mucho más que sólo comer, es entrar en una ñcomunidad de vidaø Compartir los alimentos hermana a todos los comensales, pues todos comen lo mismo, ese alimento que ha pasado a formar parte de ellos, es el mismo en todos, ha creado una invisible semejanza y unidad entre todos.

Jesús no quiere que limitemos el número de personas con las que estamos dispuestos a entrar en comunión de vida. Él no lo hizo y espera que Sus seguidores no lo hagamos tampoco.

El cristiano ha de estar siempre dispuesto a acoger, a abrir la puerta de nuestro corazón a todos.

NO SEA QUE ELLOS TE INVITEN A SU VEZ, Y TENGAS YA TU RECOMPENSA.

te inviten a su vez

õCuando alguien recibía una invitación, colocaba a quien le invitaba, a la cabeza de la lista de quienes a su vez habría de invitar en su próximo banquete. Así, invitar a quienes solían hacer fiestas, era garantía de ser convidado a ellas.ö (Bock p. 251).

y tengas ya tu recompensa

Jesús maneja aquí una fina ironía, como diciendo: ñcuídate de recibir esta recompensa!ø , como implicando que esta precisa recompensa no es la mejor que podrías recibir, y que por tener ésta, te perderías una muy superior.

REFLEXIONA:

¿Qué quiere decir Jesús?, ¿que no vale la pena recibir recompensa? Sí vale la pena, pero no la recompensa en la que solemos tener puesto nuestro anhelo: la pobre recompensa que el mundo ofrece.

El que invita para quedar bien y lo logra, ya se quedó satisfecho; el que invita para que lo inviten y es invitado, ya logró su objetivo. Para Jesús, eso es conformarse con demasiado poco.

Como siempre, viene a poner de cabeza nuestras acostumbradas expectativas, o mejor dicho, a ubicarlas, a darles su correcta perspectiva.

Nos invita a aspirar a una recompensa infinitamente mejor que la de ser admirados por un grupito de comensales o recibir luego invitación a otro banquete.

Eso sí, quien quiera recibir una recompensa más amplia, tiene que tener una lista también más amplia de invitados, y a continuación Jesús tiene algunas sugerencias:

14, 13 CUANDO DES UN BANQUETE, LLAMA A LOS POBRES, A LOS LISIADOS, A LOS COJOS, A LOS CIEGOS,

Recordemos que en tiempos de Jesús se consideraba que la enfermedad y la discapacidad e incluso la pobreza se debían a que no se gozaba del favor de Dios, por haber cometido algún pecado, sea que lo

hubiera cometido la propia persona pobre, enferma o discapacitada, o de sus padres u otros ancestros. Por ello, lo que estaba proponiendo Jesús debió haber impactado a quienes jamás hubieran querido invitar a quienes consideraban de inferior rango social ni a pecadores.

Como contraparte a las cuatro categorías que mencionó antes, presentó otras cuatro, que incluía a los más olvidados de Su tiempo, a los rechazados, a los que por Ley no tenían derecha a ofrecer sacrificios en el Templo (ver Lev 21, 17-23)

REFLEXIONA:

La sugerencia de Jesús resulta revolucionaria. Se trata de abrir las puertas, dejar sitio de manera especial a personas que normalmente están marginadas; privilegiar a los pequeños; dar la preferencia a los últimos; garantizar la presencia a los que no tienen derecho...una caridad verdadera, que excluya todo cálculo oportunista (Pronzato, PdCcC, p. 169).

REFLEXIONA:

Jesús sigue todavía enfatizando, aunque sea implícitamente, el tema de la humildad.

Esto que pide que hagamos exige humildad.

No es lo mismo que cuando un pobre toque a la puerta, le demos un taco y un juguito para que se lo coma afuera y se vaya, a sentarnos a comer con él.

REFLEXIONA:

Lo que Jesús pidió al fariseo, nos lo pide ahora a nosotros.

Y cabe reflexionar que hay dos modos de interpretar Sus Palabras: literal y simbólicamente.

Examinemos primero el sentido literal.

¿Quiénes son los pobres? Personas a quienes el sistema económica y la indiferencia de los demás han impedido que tengan los medios suficientes para vivir con dignidad, comer, vestirse, educarse, por lo que pasan la vida condenados a la marginación, a la opresión, a sufrir condiciones desesperantes de hambre, enfermedad, frío, injusticia, soledad.

¿Quiénes son los lisiados, cojos y ciegos? Quienes padecen alguna discapacidad, enfermedad o condición que los hace distintos o les impide rendir o producir como los demás, por lo que son considerado una carga en un sistema económico deshumanizado que promueve sólo a quienes producen más, rinden más, sirven de determinada manera.

Invitar a los pobres, lisiados, cojos y ciegos no consiste en organizar un baile de caridad una vez al año y llenarlo de indigentes para dárnoslas de caritativos. No. Recordemos que el significado de comer con el otro es entrar en comunión. ¿Qué significa esto? Cambiar de actitud, dejar de verlos desde nuestra altura y lejanía, y ser capaces de ponernos en su lugar, compadecerlos, que no es sentir lástima, sino padecer con ellos, solidarizarnos con su situación. No conformarnos con mirarlos por encima del hombre y dejar caer unas moneditas en su mano, sino salir de veras de nuestra indiferencia y miedo y comprender que son hermanos nuestros.

En una revista católica escribió una señora contando que su hermano, que tenía una condición mental que se podía deteriorar si no tomaba con constancia su medicamento, se fue un día a vivir a otra ciudad. Como no encontró trabajo, pronto se vio sin lugar para vivir y sin nada qué comer. Dejó de medicarse, se fue para abajo. Terminó viviendo en las calles, comiendo en comedores para indigentes, convertido en vagabundo, desarrapado y sucio. Su orgullo le impedía admitir su fracaso y regresar a donde estaba su familia.

Preocupada por no tener contacto con él, fue a buscarlo. Lo buscó primero en empresas en las que pensaba que podían haberlo contratado, pero no lo halló. Un día se tropezó con él en la calle, pero no lo reconoció. Cómo iba a suponer que había terminado así, si venía de un ambiente muy distinto. Finalmente lo buscó en albergues y refugios para personas sin hogar. Y descubrió que lo tenían registrado en uno, y captó que ese hombre desarrapado y sucio al que evadió cuando caminaba en la calle, era él. Acudió varias veces en los

siguientes días, pero le dijeron que él ya no había vuelto. Ella no lo había reconocido, pero él sí la reconoció, y avergonzado de que lo viera en ese estado, se fue a otra parte y no lo volvió a ver.

Decía ella que esa experiencia la cambió. Que la hizo darse cuenta de que si su hermano estaba entre los pobres, también los pobres eran sus hermanos. Que detrás de unos pelos hirsutos y un traje maloliente se esconde un ser humano necesitado de cariño, respeto, compasión. Dejó de verlos como «otros» distintos, ajenos a ella.

Regresó a su ciudad e inició un apostolado de albergues para personas sin hogar, en los que eran tratadas con todo respeto y amor, pensando siempre: «podría ser mi hermano»

Jesús suele ocultarse detrás de los rostros más inesperados, en las personas que menos imaginas (ver Mt 25, 31-46;

Examinemos ahora también el sentido simbólico (ambos hay que tomarlos en cuenta, que nadie se salga por la tangente eligiendo sólo el simbólico, ¿eh?).

¿Quiénes son los pobres?

Los que no tienen nada que darnos porque no tienen cualidades ni simpatía ni buena voluntad ni nada que podamos apreciar. Carecen de las cualidades que valoramos, no nos dan nada a cambio de nuestra amistad o ayuda, y nos hace muy difícil el mandamiento de amar, comprender, perdonar...

¿Quiénes son los lisiados?

Los que son incapaces de ir al encuentro de los demás para compartir lo que son y tienen. Son egoístas, ególatras, desconsiderados.

¿Quiénes son los cojos?

Aquellos de los que ya sabemos «de qué pie cojean» y a los que hemos dado por perdidos porque no creemos que tengan remedio y que puedan cambiar.

¿Quiénes son los ciegos?

Los que viven en la tiniebla, de la falta de fe, de la ignorancia, de la desesperanza, de no conocer el sentido de la vida.

Estos pobres, lisiados, cojos y ciegos están más cerca de nosotros que lo que imaginamos: en nuestra propia familia, comunidad, escuela, trabajo, barrio, grupo de amigos, de conocidos y desde luego, de desconocidos. Son personas que no tienen fe ni esperanza y con frecuencia tampoco caridad. Son difíciles y quisiéramos poder desentendernos de ellas, pero Jesús nos pide que no las privemos de nuestra comunión, que no les cerremos las puertas de nuestro corazón.

14, 14 Y SERÁS DICHOSO, PORQUE NO TE PUEDEN CORRESPONDER,

Como siempre, Jesús dijo algo que iba totalmente a contracorriente de lo que la gente solía pensar y esperar. A todos les gustaba ser reconocidos, recibir agradecimientos y hacer que los demás les quedaran a deber el favor, la invitación, la ayuda, lo que hubieran recibido, y tuvieran que corresponderles. Jesús en cambio planteó que la dicha no está en recibir el «pago» de lo que se hace por otros, sino «en no recibirlo!»

REFLEXIONA:

Eso de que será dichoso aquel a quien no le puedan corresponder, de seguro hace que mucha gente se pregunte: ¿oí bien?, ¿cómo que seré dichosa si no me dan lo que en justicia me toca?

Pero sí, oyeron bien. Jesús empleó un término (makarios) que implica mucho más que una alegría superficial, implica un verdadero gozo en el alma, una paz profunda, inalterable, una felicidad que inunda. Suena increíble, pero basta atreverse a ponerlo en práctica para darse cuenta de que es cierto.

Jesús dijo que ñhay más felicidad en dar que en recibirö (Hch 20, 35), y como todo lo que Él dijo, ¡es verdad! Lo sabe esa cuidadora de una ancianita que padece demencia, y a la que le sigue poniendo flores frescas en su cuarto, aunque parece que ésta no se da ni cuenta; lo sabe ese niño que se acomodó a darle el brazo a un invidente que quería cruzar la calle; lo saben esos chavos que entre risas y resoplidos ayudaron a orillar a la banqueta el coche descompuesto de un desconocido; lo sabe ese señor que le completó lo que le faltaba a la mamá que estaba frente a él en la fila del supermercado y no traía suficiente; lo saben quienes, cuando se organiza un acopio para damnificados, llegan llevando algo de lo poco que tienen, una bolsita de frijol, un bote de leche. Lo saben todos los que alguna vez han dado, han amado, sin esperar retribución.

Jesús ofrece una dicha verdadera, sólo hay que atreverse a hacer la prueba.

Recordemos lo que Él mismo dijo: *ñSi amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?...si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis?...Más bien, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio, y vuestra recompensa será grande.ö* (Lc 6, 32-35).

Los que estamos invitados por Jesús a edificar Su Reino en nuestro mundo, no podemos conformarnos con pequeñeces. Si invitamos para que nos inviten, tendremos por toda recompensa una fiestecita rascuache, no importa que se lleve a cabo en un salón de nombre francés. Si damos buscando obtener generosidad en otros, tal vez la obtengamos, tal vez no, pero en todo caso será raquítica comparada con la exuberante, inagotable inimaginable generosidad divina, pues a Dios nadie le gana en generosidad. Lee 2Cor 9, 6-9;

PUES SE TE RECOMPENSARÁ EN LA RESURRECCIÓN DE LOS JUSTOS.ö

se te recompensará

Jesús no estaba proponiendo que la gente se sintiera dichosa al no recibir ninguna recompensa, sino que no pusiera su dicha en recibir la recompensa de la gente, pues Dios da una recompensa infinitamente mejor.

Habló en modo impersonal (se te recompensará, en lugar de ñte recompensaré) para que Sus oyentes captaran que se refería a una recompensa ofrecida por Dios. Recordemos que se dirigía a un fariseo, que a diferencia de los saduceos, sí creía en la Resurrección.

ñEl amor no piensa en posibles compensaciones...la generosidad no tendrá otro premio que el que se concede en la Resurrección. La reciprocidad que se espera tiene que ceder a otro tipo de compensación, a una correspondencia más allá de toda expectativa; no vendrá del pobre desgraciado, que carece de medios para pagar favores, sino de otra generosidad mucho más abundante: la del propio Dios.ö (Fitzmyer III, p. 598).

ñDichoso tú, porque no pueden pagarte. Si se diese la reciprocidad, perderías la bienaventuranza.

Un mal negocio...ö (Pronzato, PdD cC, p. 203).

REFLEXIONA:

Solemos enojarnos cuando no recibimos gratitud o recompensa por algo bueno que hacemos. Pero tendría que ser al revés, tendríamos que sentirnos dichosos, porque cuando no recibimos gratitud del mundo, la recibimos de Dios, eso es infinitamente mejor.

REFLEXIONA:

El que da en este mundo, esperando recibir recompensa en este mundo, la perderá cuando la vida en este mundo se le termine. Jesús nos invita a aspirar a una recompensa que no terminará.

en la resurrección de los justos

Los fariseos, como el anfitrión que invitó a comer a Jesús y a quien Él estaba dirigiendo estas palabras, creían en la resurrección. (ver Hch 24, 15; 23, 6-10).

Por eso Jesús la mencionó. De hecho, el tema de la Resurrección de Jesús será el centro de la predicación de Sus Apóstoles.

REFLEXIONA:

El texto del Evangelio que hemos revisado en esta clase, me hizo recordar 3 cosas: una película, una experiencia y una oración, permíteme compartírtelas:

1. En la película un mendigo maloliente y malhumorado llegaba a un restaurante en el que se le servía sopa gratis, y siempre criticaba y se quejaba, pero era atendido con mucha paciencia y compasión por la dueña, que era una mesera que se había ganado la lotería, había puesto ese negocio y tenía en éste una mesa destinada a dar comida a los necesitados sin cobrarles.

Por x circunstancias que no cabe aquí relatar, la mesera perdió todo su dinero e iba a verse obligada a vender su restaurante. La noche en que tenía que cerrarlo, apareció el mendigo aquel, exigiendo su sopa caliente. Era un momento muy inoportuno. Ella estaba triste, desesperada, lo iba a perder todo. Y él había sido siempre una molestia. Ella hubiera podido correrlo sin consideración, pero su corazón compasivo la movió a abrirle y a servirle amablemente lo que pensó sería su última merienda en ese lugar.

Resultó que el mendigo era un famoso periodista disfrazado, que buscaba vivir como vagabundo para ver las reacciones de la gente y escribir luego sobre ello, y cuando se enteró de la situación de la mesera, conmovido por su bondad y amabilidad, publicó su historia en el periódico. La solidaridad no se hizo esperar, y de todo el país hubo gente que le escribió y le envió dinero, con lo cual logró salvar su merendero. Todo porque supo amar y acoger como Jesús propone.

2. La experiencia sucedió hace tiempo. Durante Misa entró a la parroquia una anciana muy pobre, con el traje raído, un saco sucio y roto, mechones de pelo colgándole debajo de un gorro tejido. Llevaba en la mano una bolsa de plástico llena de cosas que parecían desperdicios. Entró caminando lentamente por el pasillo central, y la gente la volteaba a ver porque a su paso dejaba un olor acre y penetrante, y era evidente que todos pensábamos lo mismo: ¡ojalá no se siente junto a mí! Finalmente llegó hasta adelante y se quedó parada, a la altura de la primera banca.

Me tocaba proclamar la Lectura. Me partió el alma verla allí, con esa expresión desconsolada, sus ojos grandes y tristes fijos en mí. Luego de leer, regresé a mi lugar en la séptima banca. Se proclamó el Evangelio y llegó la homilía, Todos nos sentamos y la viejita se sentó también, pero en el suelo.

Obviamente se supo despreciada, supo que en esa asamblea de cristianos ejemplares no había ni uno capaz de hacerle un sitio. Sintió que no sería bienvenida junto a nadie. Fue un momento terrible. El celebrante diciendo su homilía como si nada, la gente haciendo como que escuchaba, y la viejita allí, sentada en el suelo frío, enfrente de todos, como una bofetada a nuestra falsa virtud.

Por fin alguien se levantó y fue hacia ella. La ayudó a incorporarse y a sentarse en la primera banca. Luego se regresó a su lugar. Su caridad no le dio para sentarse junto a ella.

Inmediatamente, la señora que estaba sentada en el extremo de esa primera banca, se levantó y se movió varias filas hacia atrás, haciendo un gesto de visible repugnancia. Su movimiento subrayó todavía más la dolorosa soledad de la viejita, que al rato se paró y se fue, para alivio de muchos.

Pero entonces el templo se sintió muy vacío.

Creíamos que Jesús estaba solamente allá, en el altar, pero estaba también aquí entre nosotros.

No supimos reconocerlo y lo dejamos ir. Como en aquel episodio en que no lo quisieron recibir y le rogaron que se fuera, y se fue, sin decir nada, se fue sin hacer caer rayos del cielo, se fue y dejó un hueco enorme en el corazón.

¿Cómo seguíamos allí, pretendiendo que amábamos a Dios, a quien no vemos, cuando no supimos amar a esa hermana a quien sí vimos? (ver 1Jn 4, 20; Stg 2, 2-4). ¿Cómo nos atrevimos a comulgar, a entrar en comunión con Aquel a quie acabábamos de dejar fuera de nuestra comunión?

En la fila de comulgantes, esperaba que alguien cantara ese canto que dice: «con vosotros está, y no le conocéis, con vosotros está, Su nombre es el Señor» basado en lo que dijo Juan el Bautista: «entre vosotros hay uno a quien no conocéis.»

3. La oración parte de la certeza de que Jesús vive en todos, pero se identifica más con los pobres, los vulnerables, los pequeños, los frágiles.

Así que no es posible desentendernos de ellos. Hemos de pedir perdón por su situación y pedir a Dios Su gracia y fuerza para hacer lo que esté en nuestras posibilidades para remediarla.

Señor:

Queremos pedirte perdón.

Porque nos hemos acostumbrado a la miseria ajena.

Porque nos es indiferente
que hermanos nuestros vivan en la marginación,
sin agua, sin luz, sin caminos,
sin médicos ni escuelas,
arrinconados por nosotros
en la geografía del olvida
y la desesperanza.

Porque nos hemos acostumbrado
a ver sus cuerpos delgados,
sus vientres inmensos,
sus pies descalzos,
su hambre y su frío.

Porque nos hemos acostumbrado
a ver de lejos
sus viviendas oscuras
e insalubres,
sus páramos yermos
y sus suelos lodosos.

Porque nos parece normal
que caminen kilómetros
para traer leña
o beban agua fétida
de pozos estancados.

Señor: hoy venimos a pedirte perdón,
porque olvidamos
que desde sus ojos
nos miras Tú
y desde sus manos
nos pides Tú
que rompamos la inercia
y les tendamos
nuestras manos
cristianas,
solidarias.
Amén.

REFLEXIONA:

Relee el texto. Hazlo con Lectio Divina, método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura (lectio leer despacio el texto bíblico; meditatio meditarlo, reflexionarlo; oratio dialogar con el Señor sobre lo leído y meditado, y actio aterrizarlo en algún propósito concreto).